

Una historia cultural y política

del México contemporáneo

Alfonso Colorado

Hace apenas una generación la historia política y la historia cultural iban cada una por su lado, sin apenas mezclarse. En nuestra época lo más común es que los libros de historia cultural o bien sean un recuento de movimientos artísticos, autores y obras, aderezado con referencias de historia política y social, o bien que la historia política se complementa con algunos hitos culturales, algún autor u obra representativa de un periodo. Historia y cultura aparecen más como líneas paralelas que convergentes. Es probable que un estudioso de las ciencias sociales sea escéptico ante la idea de que las artes puedan aportar un análisis de un tiempo o un proceso social, pero no menos que su colega estudioso de las artes acepte que la sociedad, la política, la economía juegan un papel capital en el origen y conformación de una obra artística; especialmente para muchos artistas, la autonomía plena del arte es todavía una suerte de axioma.

Hay un dilema básico al ocuparse de la historia de la cultura. Para un estudio estético de la literatura, por ejemplo, no cuentan las obras representativas (de una men-

Hay un dilema básico al ocuparse de la historia de la cultura. Para un estudio estético de la literatura, por ejemplo, no cuentan las obras representativas (de una mentalidad, una ideología, un periodo) si su factura es cuestionable, mientras que para un acercamiento histórico y social son muy importantes.

talidad, una ideología, un periodo) si su factura es cuestionable, mientras que para un acercamiento histórico y social son muy importantes. Ambas disciplinas tienen sus razones, muy firmes, aunque en la siguiente generación cambiarán. En 2015, el Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México y la Fundación Mapfre lanzaron una serie dedicada a “explicar el proceso de formación de nuestro país”, de la que forma parte un tomo que intenta equilibrar ambas posturas: *México contemporáneo 1808-2014, tomo IV. La cultura*, un relato estructural, general y amplio que a lo largo de cinco textos aborda el tema de manera cronológica. Brian Connaughton examina el periodo 1808-1830, María Luna Argudín el 1830-1860 y Ricardo Pérez Montfort, coordinador de dicha publicación, el resto en tres textos divididos en 1880-1930, 1930-1960 y 1960-2010; también es suyo el ensayo introductorio de ambicioso título: “Las claves: dos siglos de cultura mexicana, 1810-2010”.

La obra pone de manifiesto la estrecha relación entre circuitos, autores y productos culturales en México desde su nacimiento como Estado-nación hasta la primera década del siglo XXI. Las directrices generales son claras; en las primeras décadas de la nueva nación todavía las reformas borbónicas definieron la cultura no menos que la política, y que en el siguiente periodo todo se supeditó a un esfuerzo mayúsculo:

“había que construirlo todo; a la nación, al estado, a las instituciones, a los ciudadanos, al público”, resume Argudín desde el inicio de su texto. En las décadas siguientes el motor de la cultura fue un oscilar entre la fascinación por lo extranjero, modelo inalcanzable, y el intento por edificar un proyecto propio. Tanto el Porfiriato como el régimen posrevolucionario compartieron ese movimiento pendular. A partir de la segunda mitad de la década de 1920, y hasta 1960, el nacionalismo fue dominante. Desde entonces las pautas que delimitan la cultura se han atomizado y diversificado notoriamente y la globalización ha emergido como el contrapunto principal en este proceso.

En este relato habrá muchas cosas con las que el lector estará de acuerdo, y otras con las que discrepará, lo cual es inevitable; pero acaso más importante que esos detalles es que el libro consigue equilibrar la historia política y social con la cultural. También, que presenta un panorama amplio y detallado de su tema al tiempo que mantiene claras las líneas argumentativas. Logra esto utilizando un relato estructural de narración fluida y resaltando las continuidades entre los periodos, a los que da similar importancia. No se detiene especialmente en los más estudiados o que proyectan una luz casi mítica, como la República restaurada y los años treinta del siglo XX. Otro punto importante es que



Ángel oscuro

el libro abarca la *summa* que forman arte, literatura, medios masivos de comunicación y todo tipo de productos culturales, sin establecer esa rígida división entre alta cultura y cultura popular que todavía lastra muchos manuales (por ejemplo, en los estudios musicales).

A lo largo del siglo xx abordar la Revolución en cualquiera de sus aspectos era problemático porque parecía imposible evitar tomar partido en un ambiente polarizado. Este libro afirma cosas como que “en materia cultural la Revolución significó claramente una ruptura con el antiguo régimen. Sin embargo, aquel mundo popular acusaba continuidades que se hundían hasta los tiempos coloniales” (20). La Revolución no creó el nacionalismo pero sí le dio otro carácter, que después ella misma desmontó. Así, este libro está escrito no sólo *en* sino *desde* el siglo XXI: ya no hay polémica de

El libro correspondiente a la cultura también marca un hito porque su coordinador y autor principal se mueve con igual soltura en las ciencias sociales y las artes, además de ser un representante de un arquetipo si no nuevo, sí escaso en el contexto mexicano: un académico de escritura ágil.

por medio, ya se puede hacer una evaluación más ecuánime. Señalar los elementos progresistas de

la Revolución no significa defenderla a ultranza, y viceversa.

En las últimas dos décadas se ha editado una serie de estudios notables como *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930* (1998) de Mauricio Tenorio Trillo; *Los sonidos de la nación moderna: música, cultura e ideas en el México posrevolucionario, 1920-1930* (2008) de Alejandro L. Madrid o *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad* (2013) de José Mariano Leyva. Estas aportaciones modifican la visión del conjunto de la cultura mexicana, por lo que justamente se vuelve indispensable contar con nuevas visiones panorámicas, de las cuales ha habido menos. Entre éstas figuran *Historia mínima. La cultura mexicana en el siglo xx* (2010) actualización –que quedó inconclusa– del texto que publicó Carlos Monsiváis en la *Historia general de México* (1977) o los apartados sobre cultura, de Guillermo Zermeño y otros autores, en los cinco volúmenes correspondientes a México de *América Latina en la historia contemporánea* (2012), proyecto de la Fundación Mapfre iniciado en España y que es el antecedente de la colección *México contemporáneo 1808-2014*.

El libro correspondiente a la cultura también marca un hito porque su coordinador y autor principal se mueve con igual soltura en las ciencias sociales y las artes, además de ser un representante de un arquetipo si no nuevo, sí escaso en el contexto mexicano: un académico de escritura ágil, que no se mueve como convidado en cuestiones de literatura y artes sino como un *nativo*, alguien que reconcilia lo que en nuestras universidades todavía son el agua y el aceite. **LPyH**

• Alfonso Colorado es ensayista.